

## ALMA.

(SU ESPIRITUALIDAD.)

*Creavit Deus hominem ad imaginem suam.*  
Crió Dios al hombre á imágen suya.  
(Gen. 1, 27.)

Cuando vemos á una multitud de sábios dedicarse con un ardor infatigable, unos al estudio de la estructura del cuerpo humano, de sus órganos y de su mecanismo para conocer mejor los medios de conservar y reparar sus fuerzas, precaver ó aliviar los males de la humanidad, y ciñéndose otros á miras ménos útiles, poner todo su conato en observar en el hombre la variedad de sus colores, de sus formas y hábitos físicos para hacer su descripción, así como se hace la de las plantas y la de los animales; ¿será posible, que carezca para nosotros de atractivo é interés el estudio de lo mas noble y elevado que tiene el hombre, que son las cualidades de su alma y de su corazón? ¿Nos hemos de entregar de tal modo á las causas materiales, que no nos parezca mas que una quimera cuanto está fuera del alcance de nuestros sentidos; y de tal suerte nos hemos de engolfar en cálculos áridos y de una evidencia grosera, que solo nos inspiren tédio y aun menosprecio las cosas morales y espirituales, que nada pierden de su verdad porque sean ménos palpables? Si; parece que en nuestros días, particularmente, se han agotado todas nuestras facultades en componer y descomponer los cuerpos, en manejar, en cierto modo, sus resortes físicos, y en perdernos en el inmenso pormenor de los elementos y de las partes de este mundo visible, sumiéndonos en cálculos sin fin ni conexión alguna con nuestros deberes. Parece, en efecto, que el entendimiento no puede ya pensar, ni el corazón sentir otros deseos; y que la imaginación crece ya de vigor para elevarnos al Autor de todas las cosas, penetrándonos de su

grandeza, poder y beneficios, ó excitarnos al conocimiento de nosotros mismos, de nuestra alma y de sus facultades y destino. Sin embargo; ¡qué cosa mas digna de nuestros pensamientos y meditaciones! Dejemos, señores, dejemos una filosofía puramente animal, que no estima ni aprecia mas que al hombre animal, y, como verdaderos filósofos, sepamos considerarle en esa inteligencia que le constituye Rey de la naturaleza; en sus relaciones con la divinidad, que ennoblecen su sér, y de las que nacen sus deberes religiosos; y en su conexión con sus semejantes, que le liga con toda la especie; de donde se derivan todas sus obligaciones domésticas y civiles. No nos detengamos en los adornos que decoran el exterior del templo, y entremos en el santuario para admirar su riqueza y majestad. La grandeza del hombre no está en esa parte de sí mismo, que pasa y muere; bajo este punto de vista, se asemeja demasiado á las bestias, pues vive y perece como ellas: su verdadera grandeza consiste en su inteligencia. Y qué; ¿esta alma que vive y piensa dentro de mí, mas activa que la llama, mas veloz que el relámpago, mas grande que el universo, que abraza y mide con su comprensión; esta alma, que multiplicándose de cierto modo en todos lugares y épocas, vive en lo presente por el conocimiento actual, en lo pasado por la memoria, en lo futuro por la prevision, y que traspasando los límites del espacio se engolfa en lo infinito; esta alma no merece fijar nuestra atención mas bien que este cuerpo, que al fin no es mas que una masa de vil polvo?

Ocupémonos, pues, de la parte mas íntima de nosotros mismos. La Sagrada Escritura nos dice, que Dios hizo al hombre á imágen y semejanza suya. Y ¿en qué consiste esta semejanza? Consiste, primeramente, en que tiene la misma naturaleza que Dios. El Señor de todas las cosas es un espíritu puro, y nuestra alma es tambien una sustancia espiritual. Esto es lo que me propongo demostraros en el presente discurso. A. M.

1. Hay en cada uno de nosotros cierta cosa que conoce, piensa y juzga: esta es nuestra alma; y por poco que se quiera reflexionar sobre esta triple capacidad de experimentar sensaciones, engendrar ideas y formar juicios, hallaremos en ella una triple demostración de su simplicidad, de su inmaterialidad y espiritualidad: tres términos, que serán sinónimos en mi modo de hablar.

Es verdad, que por medio de los sentidos, de la vista, oído, olfato, gusto y tacto, se comunica el hombre con los objetos exteriores materiales de que se compone el universo; pero aquí es donde convie-

ne aclarar bien las cosas para no confundir lo que es puramente físico con lo que es puramente intelectual. Cuando un cuerpo luminoso hiere mi vista, ó un cuerpo sonoro hiere mi oído, estas dos impresiones se transmiten, si así se quiere, hasta el cerebro, en donde convingo, en que se conmueve no sé que fibra; pero entre esta impresión y connocción, mas ó ménos rápida, mas ó ménos fuerte, y la sensación que experimenta el alma, hay un intervalo inmenso. Procuremos comprender bien, que una impresión en los órganos no llega á ser percibida por el principio sensitivo; de este modo cuando un cuerpo extraño me toca, aunque sea ligeramente, y yo lo advierto, se afecta mi alma y experimenta una sensación; pero si otro me hiere, aunque sea con mas fuerza, hallándome sumergido en el sueño, ó de tal modo distraído que no lo sienta, habrá ciertamente impresión, pero no habrá sensación. La sangre circula por nuestras venas; y para esto es preciso que tenga movimiento; pero como no le notamos ni sentimos, nadie se atreverá á decir que causa sensación.

Los sentidos exteriores, como el oído, la vista y el olfato, reciben las impresiones físicas de los objetos, pero no las conocen, así es, que el ojo recibe la impresión de los rayos luminosos, pero no es él quien experimenta la sensación de la luz; el oído se conmueve con el cuerpo sonoro, pero no tiene la idea del sonido; el ojo ignora lo que sucede en el oído, y el oído no sabe lo que pasa en el ojo, sino que todas las impresiones recibidas por los diferentes órganos se transmiten á un principio único, que es donde reside la sensación, y el que las compara y les da valor. Esto nos va á conducir á una demostración rigurosa de la espiritualidad del alma.

No solo conocemos nuestras sensaciones, no solo reflexionamos sobre lo que ellas nos presentan, sino que comparamos frecuentemente las unas con las otras. Así es, que á un mismo tiempo experimento diversas sensaciones, excitadas unas veces por un mismo objeto, como cuando veo, gusto y sirvo un manjar, ú oigo y toco un instrumento; y otras excitadas por muchos, como cuando oigo una música, y veo algunas personas, ó cuando siento el calor del fuego, percibo un olor, y como una fruta. Yo distingo perfectamente todas estas sensaciones, la comparo y juzgo cuál de ellas me agrada y conmueve mas; prefiero la una á la otra, y la elijo: de aquí se infiere, que este *yo*, que compara las diferentes sensaciones, es sin duda alguna un ser simple, porque si fuera compuesto, recibiría en diversas partes las varias impresiones que cada sentido le transmitiese: los nervios del ojo, por ejemplo, llevarían á una parte las impresiones de

la vista, los de la oreja á otra parte las impresiones del oído; y así las demas. Pero si fuesen las distintas partes del órgano físico del cerebro, por ejemplo, las que recibiesen cada una por su lado las sensaciones; ¿cómo se verificaria su reunión y comparación? Toda comparación pide un *comparador*, así como todo juicio supone un juez único; y estas operaciones no pueden verificarse sin que las diversas sensaciones vayan todas á parar á un ser simple.

Para subir á los principios mas elementales, diremos, que no podemos juzgar de las cosas sino por las ideas; y que solamente por las nociones puras y exactas de los objetos podemos distinguirlos, y juzgar de su semejanza ó disparidad. No hay nada mas sencillo y luminoso que el principio siguiente: cuando dos cosas tienen definiciones, propiedades y efectos opuestos, de modo, que lo que se asegura de la una se niegue de la otra, decimos, que se diferencian en especie y naturaleza. Esta es la única regla por la cual se distinguen los objetos; de modo, que si pregunto por qué una piedra no es un árbol, y por qué el agua no es fuego, no se me puede dar otra razón sino, que sus ideas, sus definiciones, sus propiedades y sus efectos son diversos. Recordamos, pues, las cualidades mas constantes y conocidas de la materia, y veamos si no están en sentido opuesto con el pensamiento; en cuyo caso, fuerza será convenir en que lo que piensa no es materia. Pasemos á este exámen.

2. La materia tiene extension, y está formada de partes colocadas unas fuera de otras; y ¿quién ignora, que el pensamiento es por sí simple y sin division de partes? Los objetos corpóreos del pensamiento pueden muy bien ser de un volumen ó de una magnitud desigual; pero la percepción que yo tengo de ellos no se mide por sus dimensiones; y la idea que me formo del sol, no es mas ancha ni mas larga que la de una flor. ¿A quién no repugnaria oír hablar de ideas de una línea de largo y de una pulgada de grueso? Si alguna vez hablamos de vastas y profundas meditaciones, esto no es mas que una metáfora, para hacer como palpables las operaciones del entendimiento.

La materia tiene figura, forma y color; y ¿qué figura daremos al pensamiento? ¿Es redondo, cuadrado, cúbico ó triangular? ¿Es azul celeste, ó encarnado como la escarlata? Pregúntese al aldeano mas sencillo si sus pensamientos son verdes como sus prados, ó cuadrados como su casa; y no solo le parecerá ridícula é impertinente esta pregunta, sino que creará, que quieren mofarse de su ignorancia: tanto es lo que repugna esta pregunta al sentido comun.

La materia es divisible; puede separarse en partes distintas unas

de otras; el pensamiento, por el contrario, es indivisible, y, ó no existe, ó existe entero; y es una cosa inaudita, que se tome una mitad, un tercio ó una cuarta parte de él. Véase, pues, como las propiedades mas constantes y generalmente reconocidas de la materia, están en oposicion manifiesta con las del pensamiento. En vano se querrá suponer en la materia alguna cualidad oculta que la haga capaz de pensar; pues sobre ser la tal cualidad secreta y maravillosa una suposicion del todo arbitraria, será siempre un proceder extraño y reprobado por la sana lógica, el combatir una cosa bien conocida por otra ignorada enteramente. Por otra parte, todo cuanto pueda tener la materia mas recóndito y oculto, no evitará que sea materia extensa, configurada y divisible: cualidades incompatibles con la inteligencia. Tampoco me digais, que no se sabe si Dios, por su omnipotencia, podria dotar de pensamiento á la sustancia material. No es poner límites á la omnipotencia, suponer, que no puede hacer lo que implica contradiccion; y, antes bien, sería insultar á su sabiduría crearla capaz de formar el plan de una cosa absurda. Así, pues, el Todopoderoso no puede hacer que lo que ha sido no haya sido, que un cuadrado sea circular, y un círculo cuadrado. El pensamiento y la extension son de una clase opuesta, como el sonido y los colores; y así como no se puede dar color al sonido de un clarín, ni hacer sonar la fragancia de una flor, tampoco pueden identificarse en un mismo sugeto lo material y lo inmaterial, lo extenso y lo inextenso. Un ser no existe sin sus cualidades esenciales, como tampoco puede existir con las que se excluyen necesariamente; por consiguiente, si tiene extension, es preciso que carezca de pensamiento; y si adquiere el pensamiento, tiene que perder la extension. Estas son las nociones que nos da la recta razon; y si nos fuera permitido abandonarlas por hipótesis quiméricas, el partido mas juicioso sería dudar de todo, á pesar de que semejante recurso es el colmo de la locura humana.

Por último, la materia es susceptible de movimiento; pero este nada tiene de comun con el pensamiento. Yo tengo una idea muy exacta y clara del primero; conozco tambien mi pensamiento, las operaciones de mi inteligencia, su querer y sus juicios, y veo que todas son cosas de diferente naturaleza. Y cuando digo movimiento, es lo mismo que decir agitacion, mudanza de partes, traslacion de un sitio á otro; bajo cuyo supuesto, dígame todo el que proceda de buena fe, si su pensamiento es un cuerpo que se mueve. Es preciso no confundir los movimientos exteriores con la idea ó con el conocimiento que tenemos de ellos. Luego que nos representamos un movimiento, el entendimiento concibe la idea de un cuerpo, que ya está en un

sitio, ya en otro; pero cuando yo considero los actos interiores, por los cuales queremos ó no queremos, pensamos, reflexionamos ó juzgamos, ¿me siento acaso inclinado á figurarme una materia en movimiento? Si alguno me dijese, que las bellezas poéticas de Virgilio, la filosofía de Descartes, los descubrimientos de Newton y la sublime elocuencia de Bossuet, no han sido en sus cérebros mas que particulas de la materia agitada y el resultado de la magnitud, volúmen, velocidad y choque de éstas, confieso, que semejante lenguaje me parecería en extremo ridiculo, y me inclinaria á creer, que el género humano no ha sido creado ni para hablarle ni para oírle: ¿no es un absurdo el decir, que el conocimiento de sí mismo es una mudanza, y que los sentimientos de reconocimiento y de amistad son tránsitos de un sitio á otro? Pues en verdad, que no serian otra cosa si el pensamiento fuese un movimiento.

El gran recurso de los materialistas de nuestros dias, es decir, que es necesario no confundir la materia inerte ó pasiva con la materia organizada; que en este último estado puede tener nuevas cualidades que no tenia antes, así como por la mezcla de muchas sustancias se obtienen resultados, que no hubiera dado cada una de ellas aisladamente; pero esta es, tambien, una ilusion grosera. En efecto: ¿cuál puede ser esa organizacion, que hace pensar á la materia? No es ciertamente la de las plantas; pues no creo que la violeta mas bien organizada y odorifera, sea por esto un ser pensador. Tampoco es la de los animales; pues aun no se ha probado, que estos raciocinen. Se trata pues de la organizacion del cuerpo humano; pero ¿qué hace ésta aun siendo mas perfecta? Pone partes materiales en relaciones de simetria y de concordancia, y, en una cierta proporcion, con ciertos efectos y movimientos; pero aunque de aquí resulten nuevas combinaciones de las sustancias materiales, nunca es mas que materia extensa, divisible y con figura determinada, en la cual es inútil buscar el pensamiento. Es un principio bien sencillo y claro, que no hay efecto sin causa, y que por lo mismo, lo que se halla en un efecto debe hallarse tambien en su causa. Reúnase una multitud de ciegos, déseles todas las combinaciones posibles, y jamas resultará un hombre con vista, porque en ninguno de ellos se halla aptitud para recibir por combinacion con los otros las impresiones de la luz; del mismo modo es imposible, que de la combinacion de partes que no piensan resulte nunca un ser pensador. ¿Qué sucede en las composiciones químicas? Se combinan las fuerzas particulares de tal modo, que la una da impulso á la otra; y auxiliándose mutuamente concurren todas al bien comun, sin que esta composicion de sustancias ha-

ga otra cosa mas que desarrollar lo que ya preexistia, y solo necesitaba ponerse en accion. De este modo, el azufre encendido desprende el aire condensado en el salitre; y aquél, ya dilatado, sigue las leyes naturales de su elasticidad, de donde resulta la explosion. Por consiguiente, si el pensamiento resultase de las combinaciones de la materia organizada, seria necesario que hubiese anteriormente en ella cierta aptitud de pensar, que esperase solamente una ocasion para desarrollarse: luego esta aptitud de pensar no puede hallarse en lo que es extenso, divisible, y con figura, pues son cosas incompatibles, y seria lo mismo que decir, que en el color de una flor se puede hallar cierta aptitud para llegar á ser sonora.

Para resumir, pues, esta segunda prueba de la espiritualidad del alma, sacada de la naturaleza del pensamiento, diré: lo que no tiene extension, figura ni divisibilidad, como el pensamiento, no puede identificarse con lo que tiene figura, extension y divisibilidad como la materia; luego lo que piensa no es materia.

3. Si las sensaciones y las ideas pasasen sin dejar en nosotros ningun vestigio, y si nuestra alma no conservase la memoria de ellas, no podria hacer uso alguno de estos conocimientos pasajeros, que se borrarían tan pronto como se adquiriesen, y seria incapaz de comparar, juzgar y racionar; pero, por el contrario, está dotada del sublime poder de hacer revivir las nociones que ha concebido sucesivamente, de volvérselas á representar, reunir las, combinarlas, establecer principios y sacar consecuencias; en una palabra, de juzgar y racionar: nueva capacidad de nuestra alma, y nueva prueba de su simplicidad.

Yo os quiero suponer con un gran caudal de conocimientos en historia, en ciencias, en artes, en política; pero un solo principio es el depositario de todo ese cúmulo de sensaciones que hayais experimentado, de ideas que hayais concebido, y de reflexiones que hayais hecho. No hay en vosotros un principio para las sensaciones, otro para las ideas, y otro para los juicios; no hay en vosotros muchos *yo*: solamente hay uno; y el *yo*, que ve este mundo, es el mismo que conoce su belleza y juzga que su autor es un sér inteligente. Este último acto de vuestro entendimiento, por el que se eleva hasta Dios, hasta sus infinitas perfecciones, y hasta los deberes que dimanán de ellas, supone una multitud de sensaciones, de ideas preliminares y juicios particulares; y en este sentido puede decirse, que vuestro juicio interior es compuesto; pero el acto, en sí mismo, por el que el entendimiento juzga y decide, es simple; esta operacion intelectual es indivisible; y hé aquí como todas las mas íntimas fun-

ciones de nuestra inteligencia nos persuaden de su inmateria-  
lidad.

No trato ahora de disputar á los doctores del materialismo la ciencia y el ingenio; abandono sus obras, bajo de estos conceptos, á los que tienen el derecho de juzgarlas. Conozco, que con una detestable metafísica acerca del alma y de sus facultades se pueden poseer excelentes conocimientos del cuerpo humano y de los males que le afligen; siempre respetaré la ciencia, el talento y los servicios, donde quiera que se hallen; pero negaré altamente á todos estos apóstoles del materialismo la primera de todas las cualidades en las obras polémicas, quiero decir, la lógica, la sana metafísica, y el talento de racionar, de enlazar las ideas, y de encadenar consecuencias exactas con unos principios bien demostrados. Parece extraño, que sistemas tan absurdos en metafísica, y tan funestos por otra parte á la moral, hayan podido tener tantos sectarios; mas esto no debe causarnos admiracion. Esta monstruosa doctrina no es nueva, y debe su origen á pasiones mucho mas antiguas que ella; pero á lo ménos, en otro tiempo, solo se hallaba en ciertos libros, que no eran generalmente conocidos, al paso que hoy está diseminada en tantas producciones sabias y literarias, que infesta con la mayor facilidad á una juventud siempre ansiosa de cuanto lisonjea sus inclinaciones, y embota el aguijón de los remordimientos, liberta al alma de todo temor, y con la esperanza de la impunidad le da absoluta licencia para hablar y obrar á su antojo. Mas adelante tendré ocasion de exponer las funestas consecuencias de esta doctrina; veamos ahora los argumentos mas especiosos que nos oponen los materialistas.

4. Nada han despreciado éstos para apoyar sus sistemas, intentando alegar á su favor la experiencia y la analogía.

Dicen, apoyándose en la experiencia: «Advertid como el alma experimenta las mudanzas y vicisitudes del cuerpo; parece que ella nace, crece y envejece con él; y la razon se desarrolla y se debilita con los órganos. ¿Qué influencia no ejercen sobre las sensaciones y pensamientos del alma el temperamento, la edad, el clima, la educacion, las costumbres y el régimen! ¿No habeis observado las relaciones perpétuas entre lo moral y lo físico del hombre? ¿No deberemos inferir de todo esto, que son una misma y única cosa, aunque variamente modificada?»

Apoyándose en la analogía nos dicen: «Advertid como los animales os dan todas las señales de seres que sienten, piensan y racionan; sin embargo, ¿son mas que unas máquinas bien organizadas? ¿Os atreveriais á suponerles un alma? La teología cristiana se opone

á ello; por consiguiente no es inverosímil, que el hombre lo deba todo á su organizacion física.»

Procuremos, señores, analizar bien las cosas. Al mismo tiempo que creemos en la distincion del alma y del cuerpo, confesemos, que, segun las leyes establecidas por el Criador para su union, existe entre ambos una correspondencia perpétua. El alma está hecha para el cuerpo, y el cuerpo para el alma; ésta es como una reina, cuyos ministros y servidores mas ó ménos fieles son los órganos. No decimos que las impresiones hechas en los sentidos no exciten en el alma sensaciones é ideas; ni que las voluntades y afecciones del alma no causen movimientos en los órganos; tampoco suponemos, que el alma no tenga, sobre todo, necesidad del ministerio del cérebro para las operaciones de su inteligencia; que no sea mas á propósito una configuracion determinada para el desarrollo de ciertos sentimientos y de ciertas ideas; ni que la constitucion física, la edad, el clima y el régimen no influyan en el estado del alma: no es esto lo que ahora se disputa, y es, por consiguiente, inútil, hacer una pomposa narracion de todas las relaciones que existen entre el alma y el cuerpo, observadas y reconocidas en todas las edades. Todo esto es consecuencia de la union del alma con el cuerpo, y todo prueba su mútua relacion, pero no su identidad. No es por la union y dependencia de dos sustancias por lo que se debe decidir de la identidad de su naturaleza, sino por sus ideas, propiedades y efectos, segun hemos establecido al principio de la discusion. Esta es la regla fija, única é infalible para juzgar bien, y que nos ha obligado á confesar, que el alma se distingue del cuerpo. Si observais, que un centinela deja con regularidad su puesto en el momento que se le avisa por medio de cierta señal dada de antemano, ¿os ocurriria por esto la idea de confundir al centinela con la señal?

Ve un materialista, que el estado del alma se modifica por el del cuerpo, y se empeña en inferir que el alma es corpórea. Llegará un espiritualista que observará, que el estado del cuerpo se modifica frecuentemente por el del alma; que los sentimientos de placer ó de dolor, de odio ó de amistad, afectan y conmueven los órganos y la fisonomía, hasta el punto de manifestarse en ella visiblemente; y concluirá, que lo que creemos que es un cuerpo, no es mas que una apariencia de tal, y una imaginacion de nuestra alma semejante á las visiones de un sueño. Para evitar estos extravíos, reconozcamos la influencia reciproca del alma y del cuerpo; veamos en el hombre una inteligencia unida á los órganos, y digamos, que el cuerpo es como un instrumento de que necesita el alma para el ejercicio y desarrollo

de sus facultades intelectuales. El alma tiene, sin duda, cualidades, que de ningun modo convienen á los órganos; pero como, en general, solo por el ministerio de éstos despliega sus facultades; ¿deberá admirarnos, que los defectos, las imperfecciones y la alteracion de estos órganos puedan notarse en las operaciones del entendimiento? Cuando un músico, por ejemplo, toca un arpa, la perfeccion del instrumento, su afinacion, y el número de cuerdas sonoras influyen en la hermosura y armonía de los sonidos, en tales términos, que si el instrumento es defectuoso, es muy posible que el artista mas consumado no saque de él mas que sonidos desagradables; ¿y por esto confundiremos al músico con el arpa?

Observareis, que parece sigue el alma las vicisitudes del cuerpo, y como que crece y envejece con él. No negaré lo que pueda haber de verdad en esta observacion tomada en general; pero es preciso no llevarla demasiado adelante, ni excedernos en sus consecuencias. Porque los pensamientos de un niño sean débiles, ¿creereis que la debilidad de su entendimiento procede únicamente de la de sus órganos? No: tambien procede de su falta de experiencia y de conocimientos adquiridos, de la ignorancia de la lengua que se le habla, y de no aplicar á ella ideas bien precisas. Figuraos dos niños de una organizacion del todo igual; pero que el entendimiento del uno haya sido cultivado desde su mas tierna edad por una educacion esmerada, y que el del otro haya sido del todo descuidado: el primero puede manifestar á los diez años una inteligencia, que el segundo no tendrá ni aun á los veinte.

Os admirais de la concordancia que creéis notar entre el desarrollo del alma y el del cuerpo; pero guardémonos de formar de esta conformidad una regla general é invariable. ¿Cuántas excepciones no admite! ¿Cuántas almas se manifiestan superiores á los ataques que sufre el cuerpo! ¿Qué vigor y qué elevacion de pensamientos no se advierte muchas veces en cuerpos débiles; y qué debilidad, al contrario, en cuerpos vigorosos! ¿Qué magnanimidad en algunos ancianos, y qué abatimiento en otros hombres aun en su edad viril! Y esos niños delicados, esas mujeres tímidas, esos ancianos decrepitos á quienes tantas veces se ha visto desafiar los tormentos y la muerte, y presentarse tranquilos á pesar de tener sus miembros y órganos mutilados, rotos y destruidos por el hierro y por el fuego, ¿de dónde han sacado tanto heroísmo? ¿No se manifestaba su alma independiente de sus órganos? No, no siempre la degradacion del cuerpo trae consigo la del alma; y son tantas las excepciones, que ellas so-

las nos suministrarían una nueva prueba de la diferencia que hay entre el alma y el cuerpo.

En lugar de ver en el desarrollo sucesivo y proporcional de uno y otro una prueba de la materialidad del alma, veamos lo que es realmente un rasgo admirable de la sabiduría del Criador, y un medio por el que conserva la armonía de este mundo. Por tanto, diremos, tomando el pensamiento y aun las expresiones de un apologista moderno: « Si un niño tuviese su razón completa, le sería insufrible la debilidad de su cuerpo; y lejos de sonreírse en los brazos de su madre, se le vería triste, inquieto y celoso aspirar con impaciencia á todo el vigor de su padre; tendría, aun envuelto en sus pañales, las pasiones y los proyectos de un hombre; y enfureciéndose porque no puede satisfacer sus deseos, el mismo conocimiento de su libertad le haría mirar como una horrible prisión la cuna donde descansa tranquilamente. Los padres no tendrían mas autoridad que la de la fuerza, y los ancianos carecerían de aquel derecho legítimo que les da la madurez de sus juicios al respeto de la juventud. Todo se trastornaría en el orden de las cosas humanas. *Helviennes*, OBSERVATIONS *des-pues de la carta XLIII.* » Diré en dos palabras, señores, que hay una dependencia mútua entre el cuerpo y el alma; pero es un delirio inferir, que dos cosas son idénticas, porque entre ellas hay una mútua dependencia.

Estamos en la última dificultad tomada de la semejanza entre el hombre y los animales. Se conviene, en que los animales sienten y piensan, y, sin embargo, se niega que tengan un alma espiritual; de lo que se quiere inferir, que puede tal vez suceder lo mismo respecto del alma humana. Por de contado, señores, yo no puedo ménos de extrañar la conducta de los materialistas, que quieren que juzguemos del hombre por los animales; porque, al cabo, yo conozco con el sentimiento mas vivo y mas claro todo cuanto pasa en mí, los pensamientos y las operaciones de mi entendimiento; pero carezco de toda noción respectiva al principio interior que hace obrar á los animales. Si sus acciones son visibles, su causa se oculta á nuestra sagacidad; y para juzgar con acierto, sería preciso haber vivido en el animal, y haber experimentado y sentido lo que pasa en él cuando ejecuta sus operaciones. El verdadero filósofo camina de lo que conoce á lo que ignora. ¿Por qué rareza quereis juzgar de lo que conoceis por aquello que ignorais? ¡Extravagante dialéctica! ¿Deberemos acaso buscar la luz en el centro de las tinieblas?

Dejo á los anatómicos el comparar la organización de los animales con la del hombre para establecer sus relaciones y su diferencia.

Mirando las cosas bajo de otro punto de vista, consideremos aquello en que se parecen, y aquello en que vemos resaltar maravillosamente la superioridad del hombre.

En el animal se echa de ver el instinto que le dirige; aquella fuerza desconocida, pero cuyos efectos vemos, y que le domina de tal modo, que, en todos tiempos y lugares hace uniformemente las mismas cosas. Hay también en el hombre, en ciertos casos, una especie de instinto ó causa indeterminada y ciega de lo que hace. Por él comprime un niño recién nacido el pecho de su madre para sacar su alimento; y los ojos heridos por una luz demasiado fuerte se cierran con rapidez; por este instinto presentamos las manos en una caída para libertar la cabeza; por él, cuando sostenemos un peso por un lado, inclinamos el cuerpo hácia el opuesto para hacer el equilibrio, y ejecutamos todos estos movimientos y otros muchos semejantes de un modo puramente maquinal é indeliberado y sin premeditación; siendo de notar, que el mas estúpido aldeano sabe y ejecuta todo esto con tanta perfección como el hombre mas sabio y el maquinista mas consumado: y hé aquí como por el instinto se asemeja el hombre algunas veces al bruto.

¿Qué otra cosa veis además en el hombre? Que por sus órganos, sea interiores ó exteriores, recibe impresiones involuntarias, sensaciones de frío ó de calor, de alegría ó de placer, de hambre y de sed, las cuales se refieren á su bienestar, á su conservación y á su salud; en una palabra, que tiene un alma sensible. Nada nos impide conceder alguna cosa semejante á los animales, como creer, que el fiel compañero del pastor es sensible á la mano que le acaricia y le castiga; que el caballo es dócil por sentimiento á la mano que le guía; que los animales, en general, experimentan sensaciones relativas á sus necesidades físicas, y á la conservación de su especie: bajo de este aspecto, pueden tener un alma, no semejante á la nuestra, pero sí de una naturaleza inferior y capaz de sentir. Y ¿en dónde se encuentra que la religión condene semejante sentimiento? ¿Desde cuando ha impuesto la obligación de creer, que los animales son como las plantas, que vegetan y crecen sin experimentar la sensación del calor que las vivifica, ó de las lluvias que las riegan? Cuando nuestros Libros santos nos hacen la pintura, tan magnífica por su sencillez, de las obras de la creación, se contentan con decir, que Dios cubrió la tierra de plantas, colocando en cada especie la semilla que debía reproducirlas; pero hablando de los animales, los llama hasta tres veces *una alma viviente*, por lo que nada nos prohíbe conceder á los animales una alma sensible.

¿En qué consiste, pues, la diferencia? Vedla aquí, señores. Observad los animales; vereis que caminan siempre de un mismo modo, y que sus acciones son constante y generalmente las mismas: incapaces de nuevas combinaciones, ni inventan ni perfeccionan; los hijos no saben mas que sus padres, y lo que saben es sin haberlo aprendido. ¿Qué animal ha descubierto un modo nuevo de defenderse, de ponerse á cubierto de las asechanzas del hombre, de construir su morada y de vivir en sociedad? La golondrina del Mogol trabaja su nido del mismo modo que la de Europa; al otro lado del Vístula, como mas allá del Ebro, la abeja fabrica sus panales con la regularidad mas uniforme; y el castor no es hoy mas ni ménos hábil que lo era hace dos mil años. Esta rigurosa é invencible uniformidad parece suponer, que los animales son mas bien movidos por una fuerza cuya direccion no está á su arbitrio, que por una razon que medite, combine y se determine eligiendo. Sobre todo; ¿quién se atreverá á decir, que el animal puede elevarse hasta el autor de su ser, que admire sus divinas perfecciones en la belleza de este mundo, que conozca el orden y la virtud, que siga las leyes por impulsos de la conciencia, y rinda al Criador homenajes voluntarios? Ved, por el contrario, ¡qué admirable variedad en las obras del hombre! Cada día hace nuevos descubrimientos, manda á la materia por medio de las artes y de las ciencias, y cambia la faz de la tierra. Abraza en su comprension todas las obras del Criador, para admirar en ellas la suprema Sabiduría, unas veces patente y otras oculta, pero siempre adorable; y se eleva, por último, al conocimiento del bien, de la verdad y de la eternidad.

Ahora, señores, nos es ya fácil responder á las dificultades de los materialistas, y podemos decirles: ¿quereis que los animales sean puras máquinas sin pensamientos ni sensaciones? Pues bien, entonces no es extraño que carezcan de alma, y no puede hacerse el menor paralelo entre ellos y nosotros, que pensamos y sentimos sin que nos sea posible dudarlos. ¿Quereis, al contrario, concederles sensaciones y pensamientos? En este caso se os puede desafiar altamente á que probeis que no tienen alma, cuya existencia esté limitada á la del animal, y cuyas funciones se dirijan á la conservación y necesidades físicas del mismo.

¡Cosa singular! ¡El hombre, señores, soberbio hasta el punto de abrogarse lo que procede del Criador, y de mirar con celos el bien de su semejante, hace hoy esfuerzos prodigiosos de ciencia y de ingenio para persuadirse, que las bestias valen tanto como él, y que se diferencia muy poco de ellas! Pero al mismo tiempo que se degrada

al hombre, hasta nivelarle con las bestias y aun con las plantas, se quiere ennoblecer á éstas, concediéndoles las facultades é inteligencia del hombre; se ponderan las inclinaciones y sentimiento de las plantas; se mira con enajenamiento la resignacion y discrecion de un pájaro enfermo. Así se envilece la dignidad de la especie humana; y así una filosofia, aun mas abyecta que atrevida, procura despojar al hombre, en cierto modo, de sus derechos, y sublevar contra él las demas criaturas; y, para servirme de la expresion original de un grande escritor: «Parece que el pueblo de la creacion conspira á destruir á su Rey.» Pero no: la soberanía del hombre no perecerá, y, á pesar de los sofistas, siempre conocerá la excelencia de su destino. Su preeminencia sobresale por todas partes, se descubre en la majestad de su porte, en la dignidad de su frente, en la sublimidad de sus miradas, y en la postura de su brazo levantado y extendido sobre su imperio; pero, sobre todo, la elevacion de su clase brilla en ese pensamiento, que esparce al rededor de sí por medio de la palabra, y va á todas partes por medio de la escritura; y en esa alma de que los libros sagrados dan una idea tan magnífica diciendo, que está hecha á la imágen de Dios. Sí; el alma, por su imperio sobre esta porcion de materia, que está unida á ella y á la que gobierna, representa alguna parte de la accion poderosa del motor del universo; y por la rapidez de sus pensamientos, la memoria de lo pasado, el conocimiento de lo presente y la prevision de lo futuro, se asemeja á la inteligencia infinita, que de una ojeada abraza todos los tiempos y todos los lugares. La impetuosidad de sus deseos insaciables, y la extension de sus esperanzas ilimitadas, la advierten, que está destinada por gracia á aquella eternidad, que Dios posee por naturaleza. ¡Oh Dios, criador del universo! Vos que sois el único Rey inmortal de los siglos, y que os habeis dignado constituir al hombre rey del globo que habita, haced, que apreciemos vuestros dones, que nos aprovechemos de ellos, y que ejerzamos, cual conviene, esta soberanía, que viene de vos, y que es el preludio de la soberanía sin fin de que un dia participaremos con vos en las mansiones de la inmortalidad.